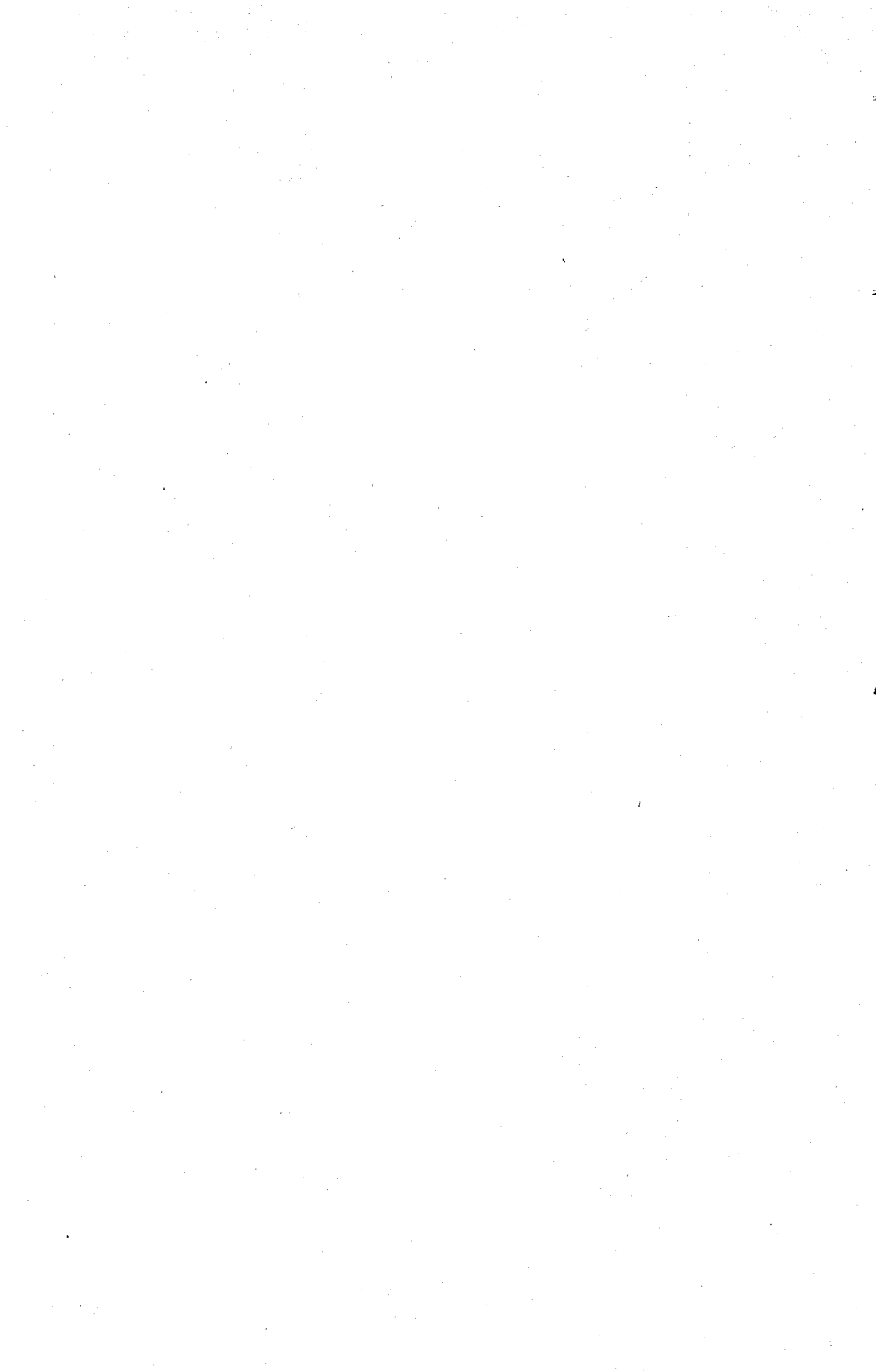
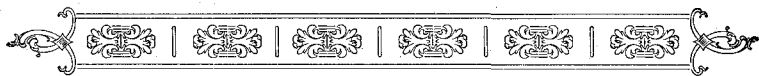


DE LA MUERTE DE DON QUIJOTE

Por Andrés Ovejero.





DE LA MUERTE DE DON QUIJOTE

SEÑORAS Y SEÑORES:

Si al corresponder á la invitación que el ilustre Presidente de la Sección de Literatura de este Ateneo me dirigió para que tomase parte en estas veladas cervantinas fuese á satisfacer tan sólo mi propio gusto, aun tratando del tema que se me ha encomendado, reduciría mi trabajo exclusivamente á leeros por segunda vez (ya lo escuchásteis magistralmente escrito y admirablemente leído) el capítulo del libro de mi hermano mayor en letras, Navarro y Ledesma, en que habla de la muerte de Don Quijote.

Pero no es posible hacer esto. Es preciso que por mi cuenta y riesgo diga algunas palabras acerca de este tema; unas cuantas palabras que únicamente aspiro á que sean sencillas, humildes, ingenuas. Unicamente en esta forma puede ser comentado el último capítulo del primero de los libros de la literatura española.

Lejos de mí, y lejos también de la intención vuestra, de seguro, todo propósito de escoliasta, toda intención de exégeta, todo lo que sea poner apostillas pedantescas en las márgenes del libro de Cervantes, que debe quedar exento de toda clase de comentarios, porque libro tan suficientemente claro no necesita explicación de ningún género para ser por todos entendido. No ya los triviales reparos de los comentaristas gramáticos, casi siempre reñidos con el espíritu filológico moderno, ni aquellos otros comentarios doctrinales que pretenden ahondar en el estudio del *Quijote*, son lícitos tratándose de esta obra; todo está dicho en ella

de tal suerte, que puede ser entendido por el niño que de-
letrea, aprendiendo á leer en sus páginas, y por el anciano
que, con intermitentes lecturas, deja caer la cabeza, pos-
trada por el cansancio de la edad, sobre las hojas del libro.
Todo está dicho en él y todo está dicho por él, y comentarla
es en cierto modo profanar esta obra, y es tarea de la cual ya
dijo, á buen entender y á mejor decir, su autor, que era
propia de escritores fingidos y tordesillescos, anatemati-
zando así á quienes pusiesen mano en ella «con pluma de
avestruz, grósera y mal adeliñada». Por este motivo no he
querido trasladar á las cuartillas mi pensamiento; creo que
mi única obligación esta noche consiste en hojear el libro
predilecto por sus últimas páginas, obligación, á mi pare-
cer, tan grata como ineludible que todos tenemos, y ojalá
todos la cumplamos, de leer cotidianamente esta obra, por-
que fuera del Evangelio no conozco otra alguna que merez-
ca ser más continuamente leída ni más frecuentemente me-
ditada.

Satisfactorio es que para renovar este estudio haya ser-
vido la oportunidad del centenario, en que por entre la
abundosa bibliografía cervantina, Navarro Ledesma, digno
heredero de la preciada pluma de D. Juan Valera, ha dado
á luz, ¡luz de gloria!, su *Vida del Ingenioso Hidalgo Miguel
de Cervantes Saavedra*.

Tuvo hasta hoy el *Quijote* sus mejores comentaristas en
el extranjero, y mientras tanto que nuestros eruditos des-
almados divertían su actividad en arañar la letra de las
viejas ediciones, era menester buscar su espíritu en libros
extraños, porque en otros idiomas estaban escritas las me-
jores biografías del autor y en otras lenguas estaban escri-
tas las mejores críticas de la obra, y era preciso que fuése-
mos á buscar en unas páginas de Tourgueneff la interpre-
tación de este último capítulo del *Quijote*; era preciso antes
que se advirtiese, como vosotros habéis advertido la otra
noche oyendo á Navarro Ledesma, el dón de lágrimas con-
cedido á Cervantes, que buscásemos en las páginas de
Tourgueneff aquella interpretación que el escritor ruso en-
cuentra, de toda la obra del *Quijote*, de su más profundo y
simbólico sentido, en la muerte del caballero andante, reve-

lación inefable de la grandeza de alma del Ingenioso Hidalgo.

Pero sin que yo quiera molestar vuestra atención, sino brevisísimamente, deseo en cierto modo referirme á este capítulo, porque él entraña para mí lo mejor de lo mejor de la obra; porque él es la clave, si así puede decirse, de toda ella, porque si omitiésemos su lectura, la obra entera permanecería desconocida para nosotros; y porque si tan sólo á este capítulo nos refiriésemos, tendríamos en él el más digno competidor de aquél diálogo platónico, en el cual se refiere la muerte de otra persona, de Sócrates, del grande hombre de las ideas, mientras que Don Quijote es el grande hombre de los hechos. Porque para mí, fuera de aquél diálogo en que se describe la muerte del filósofo griego, no hay obra en que se describa la muerte de un modo tan profundo, educador y ético, como en el último capítulo de la novela de Cervantes.

¿Por qué razón (y esta es la idea que quiero apuntar tan sólo), por qué razón Cervantes termina su obra con la muerte del protagonista? Precisamente la mayor diferencia entre el Quijote de Cervantes y el falso Quijote del falso Avellaneda, culpable del falseamiento en la interpretación del carácter del protagonista, estriba en que Avellaneda, como todos sabéis, no mata á Don Quijote; todos sabéis que le encierra en El Nuncio de Toledo para que recobre la razón, para que sea curado como loco; y que se cura y á la razón vuelve y la torna á perder y vuelve á las andadas, y en nuevas aventuras anunciadas, pero no proseguidas, espacia indefinidamente sus delirios.

¿Por qué razón entonces, Cervantes, con un criterio completamente opuesto, termina la vida del Ingenioso Hidalgo, con su propia muerte? ¿Podemos pensar que fué tan sólo para poner coto á los desmanes de los escritores atrevidos, que ganosos del lucro editorial pudieran adelantarse al autor para seguir la obra? No, en modo alguno. Bastaría que Don Quijote, vuelto á la razón, recuperado el juicio y puesto en cordura, se encerrase allá en la propia aldea, en aquel lugar de la Mancha que todavía nos es desconocido, porque Cervantes quiso que nos fuera desconocido, para

que ningún escritor se hubiese atrevido á descolgar de aquella espetera y de aquel hilo de alambre, la péñola tajada únicamente para Cervantes.

Es para mí una interpretación de mucho mayor interés, mucho más honda, la que cabe dar á esta conclusión de la obra maestra del ingenio humano; es una interpretación que he encontrado tan sólo, cuando en una monografía interesantísima de uno de los más ilustres maestros de nuestra Facultad de Medicina, hallé la *historia clínica* de Cervantes, tal como las conjeturas científicas de hoy la pueden reconstituir.

Dícenos Gómez Ocaña (que es el maestro de medicina á que aludo), que Cervantes indudablemente murió atacado por una enfermedad cardíaca. La arterio esclerosis, técnicamente así llamada, es la enfermedad, que según el señor Gómez Ocaña, concluyó los días de Cervantes, y esta enfermedad, que permite conservar ileso el cerebro hasta los últimos instantes de la vida, que hiere el corazón, que destroza el aparato circulatorio, que produce la vejez de la sangre, pero no la senectud del entendimiento, es precisamente lo que está comprobado por los datos biográficos más fidedignos de Cervantes, y esta enfermedad de la cual la hidropesía no es más que un síntoma, es la que ocasionó la muerte del genio. Esta enfermedad, dice Gómez Ocaña, coincidiendo con el parecer de todos los médicos, es una enfermedad que produce como efecto moral en el ánimo del enfermo, el abatimiento y la obsesión continua de la idea de la muerte.

¿Hasta qué punto podemos nosotros aventurar la tesis, de que Cervantes en los últimos años de su existencia estuviese obsesionado por la idea de la muerte y ésta le hiciera terminar de un modo genial, supremo, definitivo, su maravilloso libro?

Esto es lo que quiero demostraros con hechos más que con palabras, con datos entresacados de la misma obra, más que con suposiciones y conjeturas, pues si yo echase á volar mi fantasía por las regiones de la hipótesis, entonces vosotros tendríais motivo para suponer que cuando comenzaba antes hablando de las cavilosasidades de los exégetas al uso,

que atribuyen á Cervantes ideas é intenciones que nunca tuvo, estaba yo contaminado de tales influencias, mientras tanto, que si escucháis estas indicaciones que quiero haceros respecto á la obra de Cervantes, y que podéis comprobar por vosotros mismos en esta obra, y seguramente al mismo tiempo que yo lo vaya exponiendo, lo podréis ir comprobando, por que todos tenéis en la memoria la obra entera, y todos conocéis el desarrollo de esta novela inmortal, podréis seguramente convenir conmigo en cómo esta impresión de la muerte, se había apoderado del alma de Cervantes en los últimos años de su existencia, y esto le indujo á terminar de esta manera el *Quijote*, que no podía ser terminado de otro modo, puesto que del último capítulo brota tal intensidad de sentido, que nos hace ver en su muerte ejemplar una suprema perfección de su vida y nos hace pensar en una consustancial relación de lo acabado y lo perfecto.

En la primera parte hay dos capítulos sobre los cuales quiero llamar vuestra atención: uno de ellos es el capítulo XIV; otro el capítulo XIX. Uno de ellos, el XIV, es el que se refiere á la muerte de Grisóstomo, el otro, el XIX, es el de la aventura que Don Quijote tuvo con un cuerpo muerto. No puede darse nada más sugestivo que el contraste entre el capítulo XIV y el XIX de la primera parte; entre la muerte del pastor Grisóstomo y su entierro y aquél otro entierro, visto de noche por Don Quijote y Sancho, que es «una de las aventuras más famosas».

Recordad la muerte del pastor Grisóstomo. No es solamente un pastor, es un pastor estudiante, es un intelectual que hoy diríamos, que llevado de un cierto romanticismo que el renacimiento, á su modo produjo, trasladando la vida intelectual de la ciudad, al campo, en pos de la melindrosa Marcela se vá á hacer la vida pastoril, vístese el pellico y comparte con otros amigos suyos todas aquellas ri-sueñas perspectivas de la vida bucólica.

Recordad también cómo se refiere en el *Quijote* este romántico episodio de la muerte del pastor Grisóstomo; cómo él deja ordenado que se le entierre en el campo á uso de moros; de tal suerte que los abades de los pueblos—dice

el escritor—entendieron que no se debiera cumplir aquel mandato, porque parecía cosa de gentiles. Se alborotaron los pueblos—añade Cervantes,—y prevaleció aquel romántico sentimiento del pastor, y Grisóstomo fué enterrado como lo había ordenado él mismo, y allá á la luz de ese sol candente y ardoroso de la Mancha que se entra á priesa por los campos y por los cerebros, á la luz de ese sol, en pleno día, se celebró el entierro del pastor Grisóstomo.

Todos recordáis la escena: van acudiendo al lugar donde el pastor había de ser enterrado, que era el sitio designado por él mismo, en el despoblado donde por primera vez vió á Marcela la pastora de quien enamorose; van acudiendo los pastores del contorno, todos ellos vestidos con pellicos negros y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa, llevando sobre unas andas el cadáver del pastor, que más que muerto parecía dormido, y sobre las andas mucha diversidad de ramas y de flores, y al llegar al lugar, al sitio donde el pastor había de ser enterrado, al pie de la montaña donde por primera vez vió la hermosura de Marcela, se empezó á cavar la fosa que había de guardar los restos del pastor, y entonces, en aquel entierro pagano donde no suenan las preces eclesiásticas, donde nada habla de lo que conturba el espíritu por la idea de la muerte, como únicas exequias, como funerales únicos, se recitan los versos póstumos del pastor, se lee su última canción, confundiendo el golpear de los agudos picos que cavan el sepulcro y la consonancia de los endecasílabos numerosos de aquella canción hermosísima, donde acaso están los mejores versos de Cervantes, y de la cual quiero leer algunas estancias para que os quede la impresión de lo grato de los versos de Cervantes, borrando el atropellado discurrir y la torpeza de mis medios de expresión:

«Salgan con la doliente ánima fuera
Mezclados en un son de tal manera
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla
Para cantalla pide nuevos modos.

De tanta confusión, no las arenas
del padre Tajo oirán los tristes ecos,

ni del famoso Bétis las olivas:
Que allí se esparcirán mis duras penas
en altos riscos y en profundos huecos
con muerta lengua y con palabras vivas.»

Decidme de paso si los que niegan la condición de poeta á Cervantes no están desmentidos por los propios versos de este autor.

Pero recordad los últimos versos, singularmente el último verso de esta canción desesperada del pastor Grisóstomo:

«Canción desesperada, no te quejes
Cuando mi triste compañía dejes;
Antes, pues, que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura no estés triste.»

¿Queréis algo más pagano que esto? ¿No notáis aquí un sentido gentilico, aquel sentido gentilico que vituperaban los abades de los pueblos? ¿No os parece asistir á los entierros paganos de la antigüedad clásica, en los cuales artísticamente se representaba la muerte de un modo plástico, mediante aquella figura de Zánatos, asimilada á Hypnos como el sueño de la vida al sueño de la muerte, figura en quien se junta la impasibilidad á la belleza y que reaparece en la maravillosa visión que impensadamente se ofrece á los ojos, cuando por cima de la peña donde se cavaba la sepultura se presenta la pastora Marcela resplandeciente de hermosura é impasible ante el infortunio? ¿No os parece que hay como un sentido de serenidad helénica que destruye todo el aparato lúgubre de la muerte, que después invade el espíritu cristiano cuando los sentimientos se apoderan del alma en la hora de la agonía de los hombres? Comparadlo con el capítulo XIX de la primera parte, comparadlo con la aventura del cuerpo muerto. Todos lo recordáis: es de noche, había cerrado la noche con alguna oscuridad, dice Cervantes, tan presto siempre en estos toques de vigoroso pincel; había cerrado la noche con oscuridad, y en medio del camino, de improviso, en lo más oscuro, Don Quijote y Sancho (Cervantes lo dice), «yendo el escudero hambriento y el amo con ganas de comer», tropiezan con el entierro de un cuerpo muerto.

Notad esta circunstancia: «el escudero hambriento y el amo con ganas de comer»; recordad el diálogo entre Babieca y Rocinante: «Metafísico estáis.—Es que no como.» Con las hambres metafísicas que producen siempre todo linaje de desvaríos; con las hambres metafísicas que, en forma de ayuno y de abstinencia, habían producido tantas torturadoras fantasías y tantas quiméricas visiones, surgiendo de la oscuridad, de la asombradiza oscuridad y á lo lejos del camino, en la alucinadora lejanía, ven Don Quijote y Sancho «gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían». Sancho comenzó á temblar como un azogado y al intrépido caballero se le erizaron los cabellos de la cabeza. Es para producir espanto ver estrellas que se mueven, que oscilan, que se acercan y que, conforme van acercándose, van aumentando su resplandor.

Llega el momento en que topa Don Quijote con la fúnebre litera que conduce el cuerpo muerto. Arremete contra aquellos encamisados que con sus hachas de viento iban recitando el oficio de difuntos, y entonces acontece aquella escena, únicamente comparable á alguno de los *Caprichos* de Goya, en que derribado por la lanza de Don Quijote uno de aquellos enlutados, corren los demás por aquel campo con las hachas encendidas semejando, más bien que acompañantes de un cadáver, tropel de alegres máscaras en noche de carnestolendas.

Después de aquel encuentro verdaderamente tétrico con la muerte, en el cual Don Quijote le sale al paso, todavía hay como una sombra más que se acumula sobre la negrura del cuadro, la sombra de la Inquisición. Allí se habla del entredicho, de la excomunión, de las penas inquisitoriales; por allí pasa una crispación de terror. Esto es toda la Edad Media, el espíritu milenario muerto acaso en todos los demás países de Europa y superviviente en el nuestro, por atavismo medioeval. (*Grandes aplausos.*)

Recordad otro dato interesantísimo de este capítulo; aquél en que por primera vez en la novela adquiere Don Quijote el nombre que mejor que otro alguno nos le designa á nosotros; el de *Caballero de la Triste figura*. En cambio si Don Quijote está definido en aquella situación por este

mote, Sancho está retratado, mejor que por pincel alguno, por las palabras de su amo en otro capítulo interesantísimo también de la novela, al cual quiero rápidamente referirme.

¿Qué podemos decir nosotros de Sancho, fuera de aquello de *Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho sin pero* que Don Quijote le dice cuando la aventura del *Carro de las cortes de la muerte*? Parece que para designarles con sus propios nombres, para hallar adjetivos que califiquen mejor que otro alguno, la personalidad de Don Quijote y de su escudero, para hacer la psicología de aquellos caracteres en una sola palabra, es necesario que se encuentren con la muerte ó con el simulacro de la muerte. Únicamente ella es la que tiene este alto y poderoso sentido de educarnos en las más profundas y graves ideas.

Este contraste es de lo más sugestivo que nos ofrece Cervantes. ¿Es que nosotros podemos separar esta obra de la época en que se produce? ¿Es que el *Quijote* deja de ser para nosotros una obra terminada en los primeros años del siglo XVII, en los comienzos de la decadencia nacional? ¿Es que acaso esta obra no recoge como los últimos resplandores de la vida espiritual del Renacimiento, pareciendo que viene á poner sobre ellos las primeras sombras de nuestra decadencia? Permitidme una digresión de brevísimos instantes; permitidme que os haga fijar la atención en el momento histórico en que esta obra se produce.

He dicho antes que era un momento tétrico, que era un momento triste. Yo veo en esta aventura del cuerpo muerto algo más de lo que por sí la novela nos cuenta. Yo veo pasar en aquella fúnebre litera generaciones enteras de tétricos espíritus que habían ennegrecido la Historia de España y que nos condujeron á la decadencia. Fijad vuestra atención en las más altas personalidades históricas con que en aquella época nos encontramos: en los Reyes de la casa de Austria. Vedlos pasar en siniestro desfile ante nuestros ojos. Es Carlos V, aquel que en vida presencia sus propios funerales. ¿Queréis una idea de la muerte más profundamente arraigada en un espíritu, que la que induce á un hombre á la contemplación de sus propias exequias? Acordaos de Felipe II. Este monarca está más obsesionado aún que Car-

los I, por la idea de la muerte. Carlos I presencia sus funerales, es el simulacro de su muerte; Felipe II presencia su propia muerte, la propia descomposición de su cuerpo, con los gusanos que le corroen sus carnes en aquel tétrico aposento de ese regio mausoleo que se llama El Escorial. Felipe III—más por diversión que por ascetismo—se tiende en un ataúd para ver qué postura había de adoptar en el momento de su muerte. Felipe IV lleva esta tétrica obsesión de la muerte á inconcebibles extremos. Sus mayores placeres los busca, con cierto sentido sádico, allá en las celdas de las monjas, donde las calaveras hablan de lo perenne de las tristezas y de lo efímero de las alegrías. Todavía hasta hace poco tiempo el reloj del convento de San Plácido nos recordaba, con el plañidero son de su campana, esta obsesión fúnebre de Felipe IV. Y ¿qué he de decir de Carlos II? Este, más que monarca, es un cadáver que anda, un muerto que reina, el alma en pena de la Monarquía. La idea de la muerte, el soplo glacial de ultratumba pasa por toda la casa de Austria. Y cuando tal sentimiento se asienta en las más altas genealogías del Estado, ¿cómo queréis que una obra como esta no se encuentre contrastada con el sentimiento de la serenidad clásica, de la idea de la muerte, ennoblecida por el espíritu estoico de Cervantes; cómo no queréis que se encuentre contrastada con esta otra aventura del cuerpo muerto de que nos hablan los fatídicos siglos de la Edad media, que han pasado y que ¡ojalá! hayan pasado para no volver?

En la segunda parte son aún más interesantes las referencias de la muerte que podemos estudiar en Don Quijote. Hay un capítulo, el XI, al que antes incidentalmente me referí: el de la aventura con el carro ó carreta de las cortes de la muerte. ¡Curioso encuentro el de Don Quijote con los recitantes de la compañía de Angulo el Malo, que van de pueblo en pueblo representando, con el agetreo de su vida de comediante, y que por la necesidad de la farándula, no se desprenden de sus arreos, y ofrecen á los ojos de Don Quijote la imagen de la muerte, representada por un histrión! Y ¿qué es esto? ¿Acabaré incurriendo en los mismos defectos que comenzaba por censurar? ¿Acaso es que hay costumbres contagiosas?

Así como en la aventura del pastor Grisóstomo encuentro como una reminiscencia del gentilismo clásico; así como en la aventura del cuerpo muerto hallo las huellas de un atavismo medioeval, en esta aventura veo aquella burlesca alegría con que el renacimiento vistió los huesos descarnados que amedrentaban el espíritu de la Edad Media. animándolos para la comedia, el enredo y la farsa.

Y esto no lo digo yo; está dicho en uno de los más interesantes libros—pese á su desaliñado estilo—que en castellano se han escrito: en el libro de Pompeyo Gener, sobre *La muerte y el diablo*. En este libro está descrito este movimiento de transición de los agüeros espantables de la Edad Media á las bufonescas farsas del Renacimiento, en términos que yo no quiero repetir ahora, porque me basta referirme á esta obra, en uno de cuyos capítulos se halla vigorosamente trazado este momento de transición.

Era en los tiempos antiguos el sentido de la naturaleza, algo como un sentido panteísta. Devolviendo á la tierra lo que de la tierra había salido, impedía que la idea de la muerte llevase la tristeza al ánimo. En cambio, en la Edad Media todo: artes, letras, filosofía y costumbres, todo nos habla de la idea de la muerte, como la constante preocupación presentada á los espíritus. El arte nos lo demuestra con las estatuas yacentes en las capillas, que convierte á las catedrales en necrópolis y asocian á la intimidad del culto religioso el sentimiento de la mortificación. Es en el arte y en las letras donde la danza macabra es el tema constante de la Edad Media, inexhausta inspiración para literatos y artistas.

En Pisa—dice un escritor moderno,—no en los siglos medios, no en el siglo xvii, ahora mismo, en nuestros días, todos los entierros, cediendo á la sugestión histórica que la muerte ejerce sobre el alma de aquel país, todos los entierros, hasta los de las gentes más humildes, tienen este lúgubre aspecto. No hay entierro que no vaya precedido por encaperuzados y disciplinantes, por enmascarados que en forma tragi-cómica nos muestran este aspecto plañidero del dolor exacerbado por la idea de la muerte.

Leed el pasaje en que este escritor, dotado de un gran

sentido descriptivo, el novelista Blasco Ibáñez, nos cuenta en el libro de su viaje á Italia, *En el país del arte*, el encuentro que tuvo con uno de estos entierros, una noche, en la ciudad de Pisa y, veréis, que al describirlo, nos dice cómo fué intimidado por aquel espectáculo inconcebible en el siglo XIX, aunque no inconcebible en aquellos tiempos en que Don Quijote tropezaba con un cuerpo muerto seguido por agonizantes, que trueca en fantasmas la perturbada imaginación del Ingenioso Hidalgo.

En otros capítulos de la segunda parte continúa la misma idea de la muerte, como con una innegable preocupación, en el alma del gran escritor, hasta el capítulo LX, hasta aquel en el que nos cuenta la aventura que le aconteció á Don Quijote yendo á Barcelona. Recordadla: era de noche; habíales anochecido al Ingenioso hidalgo y á su escudero en un encinar, bajo la espesa sombra de los árboles, y allí, de pronto, Sancho siente que sobre su cabeza se tambalean los pies y las piernas calzados y vestidos de una persona. Acude á Don Quijote, como en todos los momentos en que su medrosidad lo hace necesario, y Don Quijote le reprocha sus miedos, algo infantiles, diciéndole que no debe asustarse por aquello, que tiene una explicación vulgar. «Son—le dice—cuerpos de bandidos, á quienes la Justicia ha ahorcado, como suele, cogiéndoles y colgándoles en este bosque de veinte en veinte ó de treinta en treinta.» ¿Es decir, que esta preocupación de la idea la muerte no era compartida por los contemporáneos de Cervantes? Era la muerte entonces un espectáculo, con el cual se habían familiarizado las gentes. Era la muerte, y recordad lo que la otra noche nos decía desde este sitio un maestro de Criminología, el Dr. Salillas, una penalidad frecuentemente ejercida, en todas las ocasiones; aquella penalidad de muerte que hoy parece que cada día debe escasear, cuando no pensemos, como yo pienso y como pensaréis muchos de vosotros, es decir, que debe extinguirse. Era entonces, como digo, aplicada con desusado rigor y frecuencia, y Don Quijote, al ver el espectáculo de la muerte, al ver aquellos *racimos de horca*, no experimenta emoción alguna; está ya conaturalizado con tal idea. ¿No véis en esto algo de una

representación inequívoca de este sentimiento de ingénita crueldad que informa toda la vida española? ¿Queréis ver comprobado este sentido de crueldad famosa con su espectáculo de la muerte y el espíritu de aquel tiempo y acaso el espíritu de hoy? ¿Queréis verlo comprobado de un modo plástico admirable? Pues no encontraréis grandes dificultades para ello: baste con que un día os acerquéis á nuestro Museo del Prado, busquéis lo más antiguo de la pintura española, y entre las tablas del siglo xv podréis ver alguna de las atribuidas á Pedro Berruguete, que representa un auto de fe presidido por Santo Domingo de Guzmán. Ved aquella hermosa tabla, uno de los más antiguos trofeos de la pintura nacional, donde no disimula el colorido de la escuela veneciana lo típico del asunto español. Allí está Santo Domingo, bajo dosel y acompañado de inquisidores, presidiendo la fiesta, que fiesta es el espectáculo que allí se presencia. Allí están, entregados á las llamas, los relapsos. Allí están los otros reos, sambenitados, esperando el trance supremo, el fatal momento de su muerte, y abajo, al pie del tablado, está la gente plebeya, está la multitud, están muchas caras de hombres, en las cuales no véis asombro, ni terror, ni espanto, ni ningún sentimiento: lo que se ve es la impasibilidad más absoluta. El pincel de Pedro Berruguete acertó á mostrarnos allí esta inconmovilidad del alma española, este instinto de crueldad, verdaderamente histórico en España.

Diréis que esta tabla de Berruguete, del siglo xv, es lo más antiguo en pintura. Pues bien: yo os emplazo para otro sitio donde podéis ver lo más moderno. Salid del Museo del Prado y dirigíos al de Arte moderno. Buscad allí las obras de los pintores españoles que mejor puedan representar la renovación de nuestro arte; algunas de las obras de esos pintores jóvenes que parecen iniciar un renacimiento en la pintura española, y allí veréis la obra de un pintor catalán de genial espíritu y de temperamento modernista, como es el de Casas. Ved el cuadro de este pintor que se titula *Garrote vil*; ved su tonalidad. Todo está envuelto en grisáceas tintas que tan bien acusan la indiferencia del espíritu, de lo que otro artista catalán, Rusiñol, llama *el*

pueblo gris. Allí asiste la muchedumbre impasible á la contemplación de otro espectáculo: de una pena de muerte. ¿Qué importa que sea el auto de fe ó que sea la horca alzada por la Justicia? ¿Qué importa que sea una ú otra institución, la que haya connaturalizado nuestra alma española con esta idea de la muerte? Lo que nos importa á nosotros es recoger este sentido de ingénita crueldad del alma española que ha convertido el bárbaro espectáculo, donde se juega la vida de un hombre, en un espectáculo nacional.

Hay otro capítulo en la obra de Cervantes, en el que la idea de la muerte todavía sigue esa lenta evolución digna de más analítico estudio del que me es permitido hacer en este sitio. Recordad aquel capítulo LXIX en que se nos habla de la supuesta muerte y de la fingida resurrección de Altisidora. Todos recordaréis, igualmente, como Don Quijote y Sancho son metidos en peso y arrebatadamente en el patio donde se levanta un túmulo como á dos varas del suelo, y en donde yace aquella doncella de singular hermosura, coronada la cabeza con una guirnalda, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. Todos sabéis el tétrico efecto de aquel catafalco, con el que se pretendía intimidar al pusilánime escudero de Don Quijote á quien visten la ropa de bocacá negro pintada con llamas y cubren con la coraza pintada de diablos. Todos recordáis que en los corredores que al patio conducen, hay más de quinientas luminarias que prestan un resplandor como si fuera de día en medio de la oscuridad de la noche; que hay cien blandones que están alumbrando aquel catafalco, y que todavía en la gradería sobre la cual el túmulo se asienta, hay otras cien velas blancas sobre candelabros de plata. ¿No es verdad que esta última aparición de la idea de la muerte, que este último artificio funerario, en la novela de Cervantes, titulado «el más raro y más nuevo suceso», nos hace pensar á nosotros en algo que es lo que más distante parece de la obra del siglo xvii, de la novela de Cervantes? ¿No es verdad que esto nos recuerda á nosotros, y á algunos de vosotros particularmente (sobre todo á los que hayáis podido verlo os lo recordará con mayor precisión), todas esas fúnebres ceremonias, todos estos maca-



bros artificios, todos estos artilugios tétricos, con los cuales divierten su degeneración algunas capitales de Europa? ¿No recordáis espectáculos como el del *Cabaret de la muerte*, en Montmartre; como el de aquel establecimiento en el cual las mesas son ataúdes; los vasos en que os sirven la bebida, calaveras, y los servidores están vestidos con la negra hopalanda, y donde se presencia, como en un teatro, el espectáculo siniestro de la descomposición del cuerpo humano, y cómo se convierte en cadáver una persona viva? ¿No es verdad que este sentido de necrofilia nos habla de degeneración? Pues notad cómo y cuándo este sentido de degeneración, esta necrofilia, esta tétrica obsesión de la muerte, aparece en la novela de Cervantes. No encuentra estas burlas Don Quijote en las ventas por donde pasa; en aquellos albergues de gente de ínfima condición social, se burlan con harta frecuencia del Ingenioso hidalgo. Aquellas burlas son plebeyas, son bajas, son soeces, pero son humanas. En aquella otra casa del *caballero del Verde Gabán*, resquicio por donde entrevemos la clase media de entonces, ninguna burla es lícita. Por allí pasa el Ingenioso hidalgo como la encarnación de la poesía con que aquel adolescente romántico sueña en la ociosidad inspiradora de sus versos. ¿Dónde, pues, ocurren estas burlas siniestras? ¿Dónde encontramos estas escenas macabras en la vida del Ingenioso hidalgo? En el palacio ducal; es decir, en aquellos sitios á los cuales había alcanzado por inexorable ley, antes que á otra parte, la degeneración, la decadencia de la vitalidad de España. (*Aplausos.*)

Estoy cansando vuestra atención sin advertir que el proceso de ideas, por el que quisiera llevaros á la consideración del último capítulo de Don Quijote, puede parecer excesivo, si bien lo considero necesario, porque de todo cuanto hemos visto hasta ahora no hay nada comparable á aquel último capítulo de la novela de Cervantes, donde la muerte de Don Quijote llega á enternecer nuestro espíritu sin ningún género de formas artificiosas, con la honda realidad, con la verdad humana. Es una muerte ejemplar, única, superior á la de Sócrates; superior á todas aquellas otras muertes, á todos aquellos otros acabamientos de la existencia humana



que en la época del estoicismo mostraban el vigor de la voluntad para resistir el desastre de la existencia.

Hay algo de fatalidad arábica; hay algo del espíritu se-nequista, hay algo de voluntad resistente contra el mal, vencedora de la misma muerte, en este capítulo de la novela de Cervantes que cierra su obra, que concluye con la vida del héroe.

Alguien, por qué no decirlo, puesto que en elogio suyo deben redundar mis palabras, el maestro Unamuno, en un admirable libro lleno de sentido filosófico y de abrumadora originalidad acerca de la vida de Don Quijote, encuentra comparable la muerte de este personaje, por alguna de las ideas que Cervantes expone al referirla, con otra escena de una de las más famosas obras de nuestra literatura dramática, con *La vida es sueño*.

No he de establecer yo la comparación entre *Don Quijote* y *Segismundo*. No he de establecer tampoco la comparación entre *Don Quijote* y otra personalidad teatral, digna de ser con la de *Don Quijote* comparada, con *Hamlet*. No he de hablar de Don Quijote en relación con *Hamlet*; quiero mostraros una relación que hasta ahora no he visto notada por nadie, y que tiene para mí más singular sentido que ninguna otra. Me refiero á la relación que puede advertirse entre la muerte de Don Quijote, señaladamente en uno de esos momentos, el más admirable de todos, y la muerte de *Brand*, en el momento supremo también del personaje creado por uno de los más grandes dramaturgos de nuestros días, el mayor de todos ellos, al menos en mi humilde opinión. ¿Recordáis de qué forma al morir *Don Quijote* renace *Alonso Quijano el Bueno*? Todos recordáis como se le arraigan unas calenturas por voluntad del cielo ó por las melancolías del vencimiento suyo, que le postran durante seis días en el lecho. Al cabo de ellos, un día le coge el sueño, un sueño largo de seis horas, de tal suerte, que todos creían que de aquel sueño no había de despertar—tan parecido era á la muerte misma;—pero al despertar del prolongado sopor en uno de los últimos días de su vida, Don Quijote (dice Cervantes) dando una gran voz exclamó: «*Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin, sus miseri-*

cordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.»

¿No advertís cómo hay un profundo sentido moral en esta gran voz con que el casi exánime espíritu de Don Quijote prorrumpe en el instante en que recupera la razón?

Recordad la obra dramática á que me he referido; recordad la personificación del espíritu religioso de nuestros días, que halla estrechos para sus creencias los templos de todas las religiones positivas. Brand quiere convertir las montañas en aras del culto supremo, sustituir la creencia en el Dios de los fuertes y de los impecables á la creencia, en el Dios de los débiles y de los pecadores; quiere entronizar el Espíritu sobre todos los Verbos y la Fe sobre todos los dogmas; convertir la bóveda celeste en cúpula del universal templo de la naturaleza; dirigir la rectilínea conducta del hombre justo al rígido cumplimiento del categórico deber, y á esta concepción absoluta, inmensa, épica, *superhumana*, que sale de los artificios del escenario, que constituye una de las más grandes creaciones del pensamiento de nuestra época, sacrifica Brand, el protagonista del drama de Ibsen, todas las dichas de su vida, su amor de hijo, su amor de esposo, su amor de padre, y con ello todo, ambiciones y vanidades, beneficios y honores, todo queda sacrificado á aquel ideal de justicia absoluta, de rectitud inexorable... Todos recordáis cómo concluye esta obra. El protagonista de ella perece; la muerte le halla en el instante en que en lo alto de una montaña quiere erigir en tablas de una nueva ley el firmamento mismo, y entonces, en el instante de la muerte, cuando Brand, levantando su espíritu á las alturas, interroga al cielo acerca de si es cierto que la rectitud suprema y la justicia absoluta deben regir la vida de los hombres, se oye una voz de lo alto—desenlace misteriosísimo de este simbólico drama—que no dice más que estas palabras: «Dios es caridad.»

¿No os parece que entre esta voz de lo alto, que proclama que Dios es la caridad suprema y que por encima de la justicia humana está la bondad divina, y aquella voz con que Don Quijote proclama la misericordia de Dios sobre las flaquezas de los hombres, hay una inefable concordancia espiritual?

Decía muy bien la otra noche el Sr. Navarro Ledesma que la segunda parte, y, especialmente el último capítulo, exceden de toda clasificación de literatura. En esta región de las ideas, donde todos los genios son iguales, como decía Víctor Hugo, ¿no os parece que hay como una transmisión, á distancia, del pensamiento de Cervantes al alma de Ibsen, como si respondiese, cual un eco al través de los siglos, al andante caballero de las llanuras de la Mancha, el apóstol novísimo de los *fiords* de Noruega?

¿Verdad que no anda descaminado el maestro Unamuno cuando define, sin audacia de expresión paradójal, legítimamente, el carácter de Don Quijote, llamándole un Cristo castellano? ¿Pero es que á esta altura puede llegar el personaje de una ficción novelesca, es que puede remontarse á esta altura la inspiración de lo puramente literario, es que si la muerte de Don Quijote no fuera más que la muerte del protagonista de una novela, de un ser ficticio, llegaría á congobernarnos de esta manera? Para mí el interés supremo de la muerte de Don Quijote, reside en que puede tomarse como una prefiguración de la muerte de Cervantes.

Muere Don Quijote conservando ileso el entendimiento. Recordad aquel testamento lleno de cordura, aquellos consejos á cuantos le rodean; muere herido por los desastres de su existencia, por el vencimiento de su ideal, por melancolías y desabrimientos.

Recordad cómo muere Cervantes; recordadlo pobre, tullido, viejo, no sólo exento de honores, sino deshonorado, destrozada su existencia por todas cuantas llagas de dolor pueden ulcerar alma de hombre. Recordad los últimos años de su vida: aquel año de 1609, en que muere su hermana D.^a Andrea; aquel año de 1611, en que muere su hermana D.^a Magdalena; aquel año de 1610, intermedio entre ellos, del cual hay un documento que nos habla de las tristezas que en aquella casa habían entrado: el testamento de Catalina de Salazar, mujer de Cervantes. Recordad cómo concluye el *Quijote*, un año antes de su muerte, el día 31 de Octubre de 1615, recordad cómo el 18 de Abril de 1616, recibe la Extremaunción y cómo al día siguiente escribe la dedicatoria del *Persiles*, conmovedora página de la mayor

sublimidad, y cómo hasta última hora conserva cabal su inteligencia poderosa, y cómo aquel corazón, postrado, rendido, deshecho por las vicisitudes de su vida, va acompañado de un cerebro que despide sus últimos resplandores con la más hermosa puesta de sol del ingenio humano que ha sido dable contemplar á la Historia.

Comparad la muerte de Don Quijote con la de Cervantes. Muere Don Quijote confesado, recibiendo todos los sacramentos, como muere Cervantes también, vistiendo en los últimos días de su vida el hábito franciscano, de la Venerable Orden Tercera. Mueren uno y otro en igual situación: es la muerte de Don Quijote la de Cervantes mismo; era esta idea de la muerte, que iba surcando su pensamiento, era esta obsesión que los fisiólogos pueden explicar por los desfallecimientos de sus fuerzas naturales, pero que los psicólogos deben explicar por una preocupación de su propio espíritu, por el más allá, por las ideas que hacen de este último capítulo del *Quijote* algo más sublime que el *Fedon* platónico.

Se ha dicho que en la individualidad de Don Quijote puede verse simbolizada esta ó la otra persona. No lo creo; ¿cómo ha de ser Don Quijote aquel Don Rodrigo Pacheco, natural de Argamasilla, ni aquel Don Alonso Quijada, natural de Esquivias, ni aquel Conde de Puñonrostro, asistente en Sevilla cuando Cervantes vivía allí, ni cómo ha de ser Don Quijote el Duque de Lerma ni Carlos V? ¿Cómo ha de ser siquiera, como dice Unamuno, San Ignacio de Loyola? Don Quijote era Cervantes; si acaso quisiérais vosotros formaros idea de esta figura, yo os aconsejaría que procediérais de esta suerte; así como hay retratos galtonianos, fotografías superpuestas de figuras, que al sobreponerse pierden los rasgos diferenciales y con los rasgos comunes se quedan, yo creo que podemos seguir viendo los unos en Don Quijote á Don Rodrigo Pacheco; los otros, al Duque de Lerma; los otros, á Ignacio de Loyola, pero todos debemos sumar estas figuras, reconstituir con las personalidades salientes de entonces, la personalidad colectiva, y verlas sintetizadas en una persona y proyectadas en un solo rostro, en el rostro de Don Quijote; pero si en la vida pudo

Don Quijote parecerse á un personaje de su época, en su muerte, Don Quijote no es sino Cervantes mismo, que, así como los reyes de la casa de Austria presenciaban sus funerales en vida, rindiendo humildemente los atributos de su majestad perecedera ante la soberanía inacabable de Dios, Cervantes también presencia sus funerales con un valor más grande, más estóico y más cristiano que el de aquellos reyes que al espectáculo conturbador de la muerte, ofrecían la penitencia de sus últimas horas, y asiste con la clarividencia de su genio semidivino, no solo á su muerte, sino á su inmortalidad, poniendo al descubierto su alma en el último capítulo del *Don Quijote*, tan al descubierto, como había de ir su noble rostro, cuando llevado su cadáver en hombros de los terciarios, halló el eterno descanso de la sepultura en el convento de las Trinitarias, el día 23 de Abril de 1616.

En suma, quería hablaros del último capítulo del *Quijote*. He comenzado á hablar de él y observo que el reloj, conciencia de los malos oradores, me advierte que he incurrido en la peor de las faltas, en la de no expresar íntegramente las ideas aún siendo excesivo el número de las palabras. ¡Qué le hemos de hacer! Después de todo eso salís ganando: todo comentario es una profanación; el capítulo, intacto queda en el libro. Volvedlo á leer, porque yo creo (permitidme esta opinión individual) que el mejor homenaje que pudiéramos consagrar á la obra de Cervantes no consistiría en hablar y escribir acerca de ella, consistiría en volverlo á leer, en la seguridad de que habríamos de hallar en sus páginas tales y tan hondos motivos de consideración, que allá en el recogimiento silencioso de esta lectura, educarían más nuestro espíritu que todo género de conferencias y toda clase de veladas.

Sin embargo, de este mismo capítulo quiero recordaros finalmente dos palabras, aquellas en que el sentimiento de la muerte de Don Quijote se refleja en el alma de los circunstantes y les lleva á considerar toda la pesadumbre que con la muerte de Alonso Quijano el Bueno debía abatir su espíritu. ¿Recordáis esto? Dice Cervantes: «Andaba la casa alborotada; pero con todo, comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza», porque Don Quijote

había dejado á todos ellos por herederos de su hacienda. ¿No os parece que algo de esto nos acontece á nosotros? Así son todos nuestros pesimismo, desilusiones y desengaños.

Nosotros ahora con plañidera retórica, con mayor ó menor elocuencia, hablamos del Centenario del Quijote; dentro de once años volveremos á hablar entristecidos del tercer Centenario de la muerte de Cervantes; pero al fin y al cabo nosotros, herederos de esa gloria de nuestra literatura, aunque hemos visto sucumbir á Don Quijote, *primero en la novela y después en la Historia*, comemos como la sobrina, brindamos como el ama y nos regocijamos como Sancho, y seguramente que en los días próximos, excepto el trabajo de esta casa, intelectual siempre por gloriosa tradición, veréis como las demás fiestas del Centenario habrán de reducirse á comidas, brindis y regocijos de Sanchos. (*Aplausos.*)

Nada más, porque todos recordáis aquel pasaje en el cual dice Don Quijote á Sancho, cuando éste habla de la muerte: «Tente en buenas y no te dejes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos es lo que pudiera decir un buen predicador.» ¡Ojalá que me fueran aplicables tales conceptos, porque siquiera fuese un sermón láico, quisiera que más que una conferencia os sonaran á sermón estas palabras, no para que las tengáis por edificantes, sino para que no las tengáis por profanas. (*Grandes aplausos.*)

HE DICHO.

